

El futuro de las bibliotecas

Luis Héctor Inclán Cienfuegos

Maestro en Letras Modernas por la Universidad Iberoamericana, es académico de tiempo completo en la Biblioteca Francisco

Xavier Clavigero, donde se ha desempeñado como coordinador de Servicios a Usuarios (1999-2003) y coordinador de Acervos Históricos (2016-2023). Sus áreas de interés son la ecdótica y la bibliología.



En un mundo en el que toda la información está a nuestro alcance desde una pantalla, ¿tienen futuro las bibliotecas? La pregunta me inquieta desde hace

tiempo, como sé que también lo hace con muchas y muchos colegas. Haríamos mal, creo, en dar por sentado que la respuesta es un “sí” rotundo y sin matices sólo porque a nosotros, que trabajamos en servicios bibliotecarios, nos resulta difícil concebir un mundo sin ellas. Especialmente porque ya hoy, —en el presente— uno de nuestros principales retos es atraer a un inmenso público que satisface la mayoría de sus necesidades de información y entretenimiento a través de las pantallas de sus teléfonos, tabletas, computadoras y televisiones. Un público para el que las bibliotecas posiblemente sean grandes bodegas de libros —un formato que acaso consideran obsoleto, anticuado— y nada más.

Las bibliotecas no son, por supuesto, bodegas, ni en ellas existen solamente libros, como lo sabe cualquier persona que se anima

a frecuentarlas. Cualquier biblioteca que al menos cuente con presupuesto suficiente y capacidad de gestionarlo para satisfacer las necesidades de información de la comunidad a la que sirve —sea ésta una pequeña escuela, una comunidad rural, un centro de investigación especializado o los habitantes de una megalópolis— es mucho más que un depósito ordenado de volúmenes. En ellas ocurren talleres, capacitaciones, cursos, conferencias, exposiciones, presentaciones de libros, cineclubes y círculos de lectura; se brinda orientación para recuperar información en prácticamente cualquier formato conocido; se proporcionan espacios para el estudio y el trabajo individual o grupal, para la lectura recreativa e incluso para la deliberación de asuntos de interés comunitario... Para resumir: en una biblioteca no sólo hay libros, sino que en ella se desarrollan actividades en torno a fuentes de información en toda su riquísima variedad: impresas, audiovisuales y, sí, también aquellas que consultamos desde nuestras pantallas. Para abordar el futuro de las bibliotecas, es fundamental tomar en cuenta todo esto que en ellas ocurre hoy y partir de ello, imaginar su potencial.

Para estas breves notas, considero tres aspectos en torno al futuro de las bibliotecas:

- el impacto tecnológico,
- el activismo a favor del acceso abierto,
- y la reorganización del espacio dentro de la biblioteca.

En nuestros días, toda proyección hacia el porvenir parece estar marcada primordialmente por la presencia de la tecnología; y la tecnología actual ya nos ofrece, hasta cierto grado, la posibilidad de una biblioteca que rebase sus muros, que salga del espacio donde suele estar contenida para ofrecer algunos

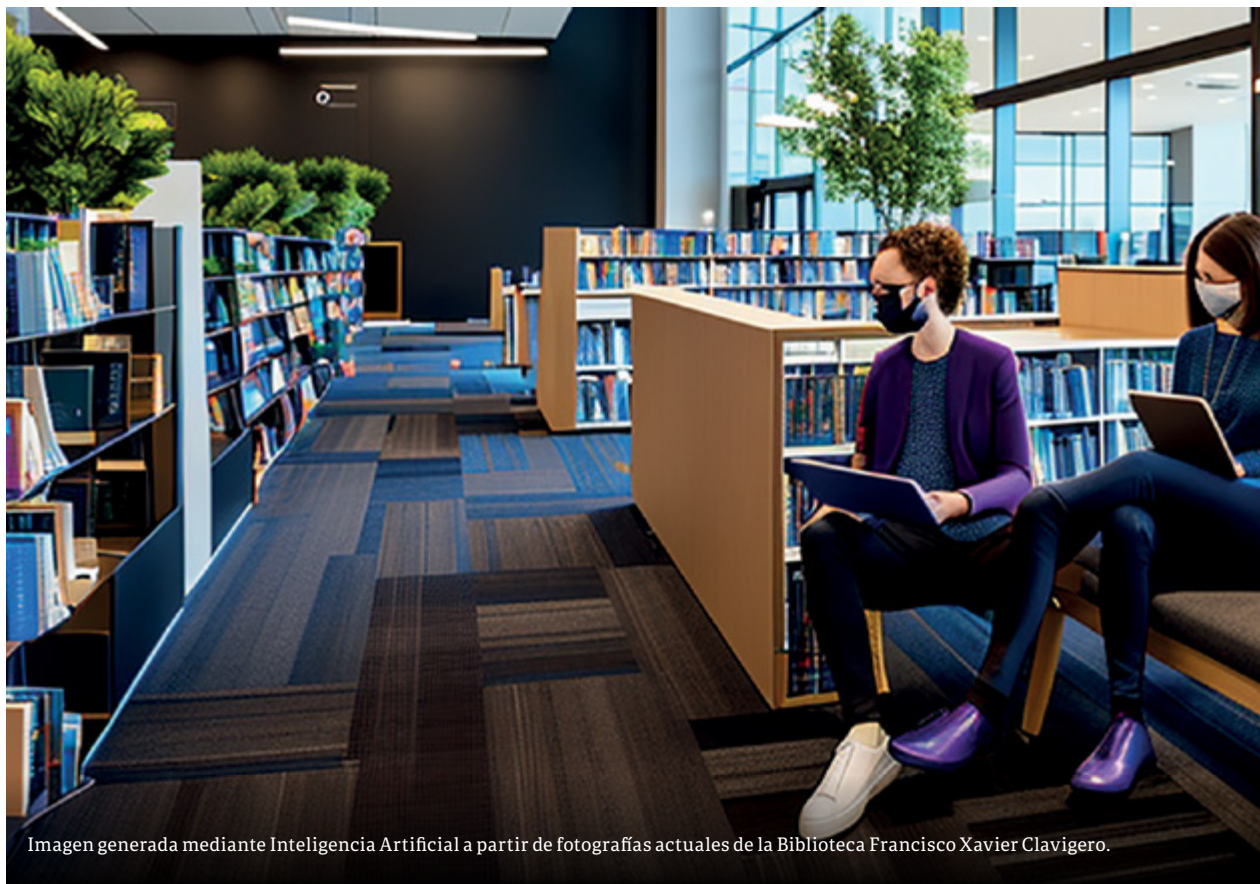


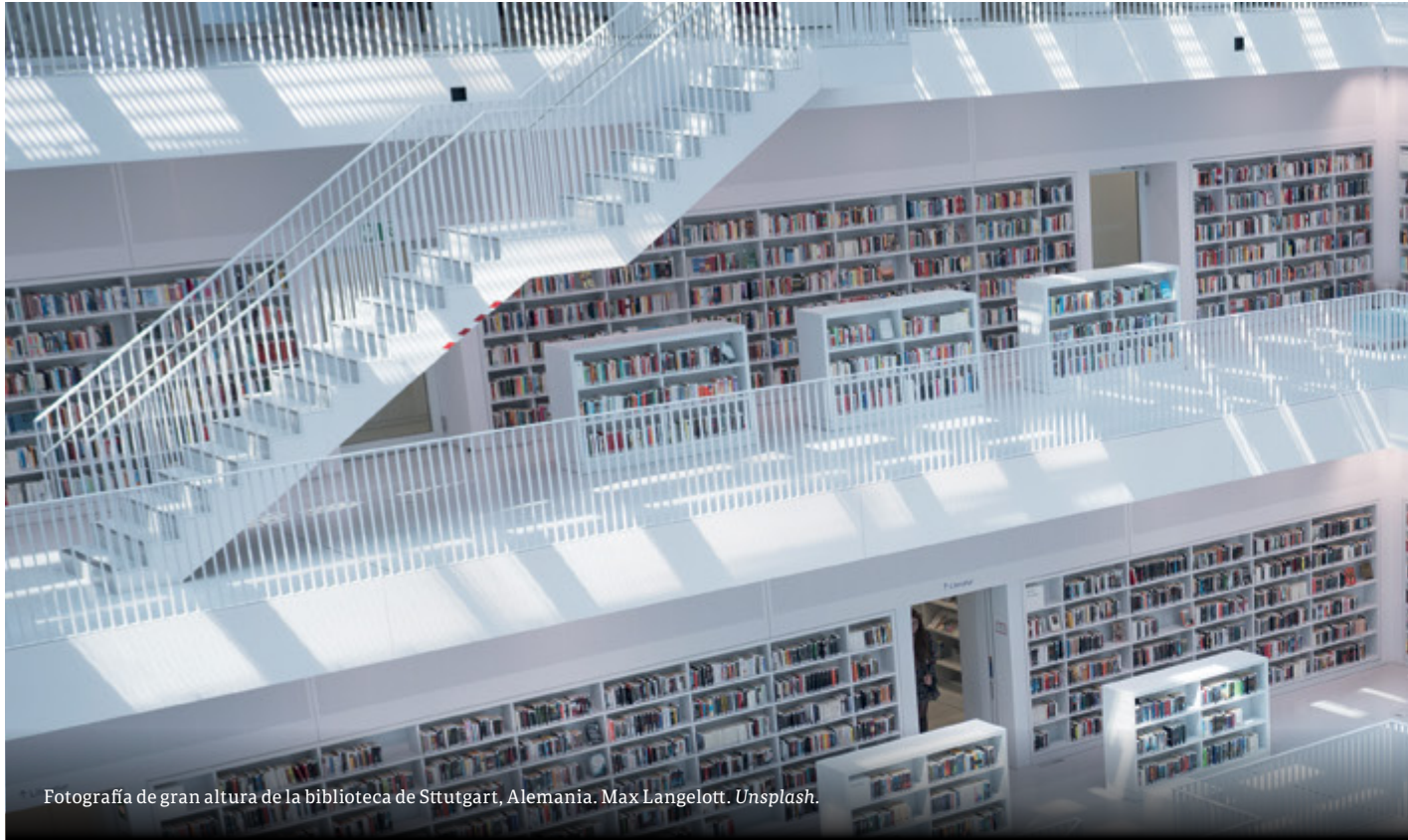
Imagen generada mediante Inteligencia Artificial a partir de fotografías actuales de la Biblioteca Francisco Xavier Clavigero.

En una biblioteca no sólo hay libros, sino que en ella se desarrollan actividades en torno a fuentes de información en toda su riquísima variedad: impresas, audiovisuales y, sí, también aquellas que consultamos desde nuestras pantallas.

de sus servicios y colecciones. Durante el confinamiento reciente por la pandemia de Covid-19, experimentamos cómo el personal de referencia de las bibliotecas, por ejemplo, ofrecía asesorías por medio de videoconferencias o grupos de mensajería. Con relativa facilidad, los talleres y entrevistas relacionados con el manejo de recursos de información se acomodaron a los entornos virtuales. Esta asesoría personalizada y “en vivo” seguirá siendo parte del contacto de las bibliotecarias y los bibliotecarios con las personas usuarias.

Pero empezamos a vislumbrar nuevas posibilidades. Los bots conversacionales o chatbots —esto es, agentes virtuales que mediante programación responden las dudas que el

personal identifica como las que con mayor frecuencia se formulan en su biblioteca— ya se encuentran funcionando en algunas bibliotecas para orientar al público al responder, mediante textos redactados previamente, preguntas como “¿dónde renuevo un préstamo?” o “¿cuáles son los horarios de servicio?”. ¿Hasta dónde podríamos llegar en este mismo terreno con los desarrollos de la inteligencia artificial (IA) como ChatGPT? El equipo bibliotecario podría contar con el apoyo de agentes virtuales disponibles las 24 horas, adaptados en cada caso para lograr la mejor interacción posible con la persona usuaria a partir de su nivel de estudios, área de conocimiento, intereses personales, entre otras características.



Fotografía de gran altura de la biblioteca de Stuttgart, Alemania. Max Langelott. *Unsplash*.

En nuestros días, toda proyección hacia el porvenir parece estar marcada primordialmente por la presencia de la tecnología; y la tecnología actual ya nos ofrece, hasta cierto grado, la posibilidad de una biblioteca que rebase sus muros.

Estos agentes virtuales podrían comprender preguntas complejas y generar respuestas o sugerencias de lecturas, presentaciones, conferencias, a la vez de proporcionar acceso a las fuentes de información completas para que la persona interesada las explore a profundidad. Y al contrario de la idea generalizada de que la inteligencia artificial es sólo una herramienta para “hacer trampa” en la escuela, desde la perspectiva bibliotecaria podría volverse una aliada para que la persona usuaria cobre conciencia, por ejemplo, de la calidad y profundidad de sus fuentes. Todo esto en cualquier momento y ubicación que la persona lo requiera.

Esta misma experiencia del confinamiento por la pandemia nos hizo conscientes de que si bien es posible extender algunas funciones de la biblioteca más allá de su espacio físico, en otros aspectos las limitaciones provienen del entorno actual en materia de propiedad intelectual, que restringe la circulación de numerosos materiales. Es cierto también que se puede hacer mucho si se aprovechan los recursos libres en internet; no obstante, tarde o temprano, en el curso de una búsqueda de información, usuarios y bibliotecarios se encontrarán con la necesidad de consultar ciertas obras de gran utilidad para su investigación, y que presentan una o varias



El equipo de bibliotecarios podría contar con el apoyo de agentes virtuales disponibles las 24 horas, adaptados en cada caso para lograr la mejor interacción posible con la persona usuaria a partir de su nivel de estudios, área de conocimiento, intereses personales, entre otras características.

restricciones. En ese sentido, bibliotecarias y bibliotecarios tendremos que asumir un papel más activo en la promoción del acceso abierto. Este activismo en favor de la libre circulación de la cultura y el conocimiento deberá convertirse en uno de los aspectos centrales de nuestra actividad en los años por venir.

En el ecosistema cultural, nos encontramos en una posición estratégica para difundir entre los públicos, pero también entre quienes crean ciencia y arte, las ventajas para unos y otros de la distribución de obras mediante, por ejemplo, licencias *Creative Commons*. Estas licencias son una alternativa al derecho

de copia —*copyright*— sobre el que se funda el marco legal de la propiedad intelectual en el ámbito de la cultura. A diferencia del derecho de copia, las licencias *Creative Commons* permiten la reutilización y circulación de cualquier creación en cualquier formato, sobre la base de un compromiso entre usuarios y creadores para reconocer la autoría original de la obra. Además de asesorías para localizar los recursos de libre acceso, desde la biblioteca pueden impartirse talleres de publicación en acceso abierto, así como promover a editoriales que —en contrasentido a lo que ocurre con las grandes corporaciones mediáticas— ya publican bajo licencias *Creative Commons*



Imagen generada mediante Inteligencia Artificial a partir de fotografías actuales de la Biblioteca Francisco Xavier Clavigero.

(en México: Sur+ o Taller Editorial Cáspera, por ejemplo). Desde nuestros espacios en la academia y en nuestros organismos profesionales tendremos que realizar o contribuir en investigaciones en torno a los impactos culturales y económicos del acceso libre; pugnar, a lado de quienes realizan investigación, por el reconocimiento de metodologías alternativas para medir su productividad. Y, sobre todo, mantenernos alertas ante el cabildeo de las organizaciones de medios que, bajo la consigna del derecho de “autor”, pretenden que se legisle en contra de los públicos y su derecho para acceder a la cultura.

Por último, un breve apunte respecto al lugar del libro impreso en la biblioteca futura y el espacio destinado a él. En ciertos recintos, como las bibliotecas universitarias, cada vez es más común encontrar que las personas usen el espacio para leer y trabajar en sus dispositivos electrónicos sin utilizar como fuente primordial de información revistas en papel o libros impresos. Eso ha llevado a cuestionar si los amplios espacios destinados a estos formatos deben mantenerse y, en caso de que no, cuál será el destino de las colecciones impresas en las que se han invertido cuantiosos recursos a lo largo de muchos años para su adquisición y mantenimiento. Se trata, por un lado, de una discusión acerca

del libro impreso y el rol que juega en el sistema de información contemporáneo; pero, más aún, lo que entra en cuestión es el uso del espacio destinado a las bibliotecas y cómo reorientarlo en función de las modalidades hacia las que tienden el trabajo, la lectura, el aprendizaje y la recreación.

Por principio de cuentas, los vastos espacios destinados a la estantería se diseñaban con esas dimensiones justo porque los volúmenes impresos eran el centro del universo de la información. Ahora que ese centro lo ocupan las fuentes electrónicas, ¿veremos a futuro bibliotecas sin libros impresos? Puede ser que el grueso de las colecciones en papel se mueva a almacenes y así se libere el espacio para ocuparlo con cafeterías, salones para trabajo grupal equipados con grandes pantallas y pizarras electrónicas, sillones cómodos, exposiciones, aulas con diversos cupos para impartir conferencias o llevar a cabo talleres...

Hay quien afirma que, en ese escenario, los libros desaparecerán de estos recintos. Personalmente, considero que las bibliotecas deben mantener una buena cantidad de libros impresos al alcance de sus usuarios: las novedades, especialmente aquellas que aún no se publiquen en electrónico; los más leídos; aquellos que formen parte de activi-



Imagen generada mediante Inteligencia Artificial a partir de fotografías actuales de la Biblioteca Francisco Xavier Clavigero.

dades como cursos, talleres, presentaciones... colecciones temáticas o estanterías con recomendaciones alusivas a conmemoraciones, festividades... A pesar de la visión fatalista sobre su destino en las bibliotecas, estoy seguro de que los libros impresos tienen asegurado su lugar en la biblioteca del futuro por múltiples razones, entre las cuales no es menor la experiencia que su contacto brinda a los lectores y que fue descrito magistralmente por Susan Orlean en su obra *La biblioteca en llamas* (2018), cuando narra las visitas que hacía en su infancia, al lado de su madre, a la biblioteca pública:

“Nuestras visitas a la biblioteca nunca duraban todo lo que a mí me habría gustado. ¡Había tal abundancia en aquel lugar! Me encantaba rondar en medio de las estanterías, rebuscar en las columnas de libros hasta que algo atraía mi mirada. Esas visitas eran interludios de ensueño, sin contrapartidas, una promesa de que saldría de allí más rica de lo que había llegado. [...] Después de pasar por el mostrador, me encantaba llegar al coche y apilar sobre mi regazo todos los libros que habíamos sacado, notar su solidez, su cálido peso, con sus forros de plástico transparente pegándose ligeramente a mis muslos”.

Hay muchos temas más que podemos considerar en torno al porvenir de las bibliotecas y que

Puede ser que el grueso de las colecciones en papel se mueva a almacenes y así se libere el espacio para ocuparlo con cafeterías, salones para trabajo grupal equipados con grandes pantallas y pizarras electrónicas, sillones cómodos, exposiciones, aulas con diversos cupos para impartir conferencias o llevar a cabo talleres...

vale la pena plantearnos. Pienso, por ejemplo, en la situación actual de las bibliotecas escolares en varias regiones de Estados Unidos, donde se libra una batalla contra la censura y la intolerancia ante las exigencias de algunos grupos para eliminar de sus estantes libros que, desde su perspectiva, resultan “inmorales” o al menos inadecuados para los públicos más jóvenes.

Durante siglos, las bibliotecas han albergado lo mismo las lecturas de la ortodoxia como las de las revoluciones, y en las sociedades modernas son los individuos quienes, accediendo a una y otras, deciden sus acciones. Es en beneficio de todas las personas que esto siga siendo así. 📖